

Las manos de Dios

Yan Jin

Yan Jin entró sigilosamente en la iglesia e inclinó su cabeza en oración antes del comienzo del culto. La vida le sonreía. Yan Jin vivía en el norte de la China con sus padres de origen chino y coreano, que desde chica le habían enseñado a amar y honrar a Dios. Estaba estudiando cosmetología, y sabía que pronto tendría el trabajo que anhelaba. ¿Qué más podía esperar de la vida?

Un sermón transformador

Ese día, el culto estuvo a cargo de un ora-dor especial. El señor Kim, de Corea, habló con entusiasmo sobre los leprosos de la China. Yan Jin escuchó fascinada, mientras el señor Kim describía a esta gente, muchos de los cuales habían sido abandonados por su familia por temor al contagio. Eran personas que vivían como parias en casas que les daba el Gobierno. Algunas no tenían electricidad ni agua corriente.

Yan Jin se emocionó al escuchar que el señor Kim hablaba con tanta compasión de esas personas olvidadas por la sociedad, y condenadas a vidas de desesperación y necesidad.

El señor Kim ni siquiera sabe hablar chino, pensó Yan Jin. *Aun así, quiere tanto a los leprosos de la China que vive entre ellos y los atiende.* Dios ha hecho tanto por mí; tengo que hacer algo por estas personas, que son sus hijos.

Después de la iglesia, Yan Jin habló con el señor Kim sobre las necesidades de los leprosos donde él trabajaba. En su corazón creció entonces la convicción de que Dios quería que ayudara al señor Kim en este ministerio. Necesi-ta un intérprete, pensó. ¡Lo menos que puedo hacer es hacer de intérprete para el!

Yan Jin les contó a sus padres sobre la convicción que sentía. "Siento que Dios me está llamando a dedicar un tiempo a ser intérprete del señor Kim en una aldea de leprosos cercana", dijo. Sus padres estuvieron de acuerdo. Unas semanas de servicio en favor de los necesitados sería una gran lección, y le daría la gran satisfacción de servir a otros. Pero, cuando otros se enteraron de sus planes, se preocuparon porque pensaron que Yan Jin contraería la lepra.

—No vayas —le rogaron algunos— ¡Tienes un futuro tan promisorio!

Esperanza en un mundo desesperado

A pesar de todo, Yan Jin fue a trabajar por los leprosos. Cuando llegó a la aldea, se sintió horrorizada por las condiciones que encontró. Hasta ese momento, la lepra había sido solo una palabra.

Yan Jin siguió al señor Kim de habitación en habitación en el ruinoso edificio que albergaba a estas personas. Eran personas tan desfigura-

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

Cápsula Informativa

- Los cristianos de la China son dirigidos por miembros laicos. Muchas iglesias grandes tienen un pastor, a menudo una pastora, que atiende a cientos y aun a miles de creyentes. Desde los grandes centras de culto salen hombres y mujeres laicos a establecer otras congregaciones. En ocasiones, hay hasta doscientas congregaciones filiales que dependen de un solo pastor ordenado. Por lo general estas congregaciones son lideradas por obreros laicos o pioneros de Misión Global.
- Oremos para que el pueblo de la China responda al amor de Dios cuando aprenda del sacrificio que él hizo por ellos. Oremos para que los líderes laicos tengan fuerza y fortaleza para atender las iglesias de esta vasta nación.

das por la enfermedad que Yan Jin tenía que luchar con las náuseas. La lepra les había comido los dedos de las manos y de los pies, y aun partes del rostro. Yan Jin quería irse de allí. Pero, al ver que el señor Kim iba de persona en persona, saludándolas, colocando su brazo en los hombros de ellas, examinando las heridas en los pies, las piernas y las manos, se dio cuenta de que no podía irse.

Una mujer extendió su mano hasta donde estaba Yan Jin. Puede que estas personas no tengan dedos en las manos o los pies, pero tienen alma y corazón, al igual que yo, se dijo. Si quiero ayudarlas, tengo que tratarlas como hijos de Dios. Con timidez, extendió la mano para tomar la mano desfigurada de la mujer.

Y, mientras el señor Kim expresaba palabras de amor, Yan Jin traducía sus palabras. Pronto sintió una profunda paz.

Un servicio por amor

El señor Kim le enseñó a Yan Jin cómo tratar las heridas que arruinaban los cuerpos de estas personas. Juntos consiguieron más voluntarios para limpiar, pintar y reparar las habitaciones de la gente. Yan Jin y el señor Kim les enseñaron a cuidar a los residentes. Algunos no se habían bañado en años. Los voluntarios aprendieron a bañarlos, vendar sus heridas y manifestarles amor.

También compartieron su fe con los residentes. Les leyeron la Biblia, cantaron con ellos y les enseñaron de Jesús, su hermano y Salvador. “Están hambrientos de conocer a Dios”, dice Yan Jin.

Varias personas de las colonias de leprosos han entregado sus corazones a Dios y han sido recibidos como miembros de la familia adventista.

Hoy, cuatro años después de que Yan Jin comenzara a trabajar con el señor Kim en esta obra, hay unas 55 personas que trabajan en las colonias de leprosos de China Oriental.

Un cuidado contagioso

Yan Jin no se ha contagiado de lepra, como muchos temían; en lugar de ello, se ha contagiado con el amor de Dios por estas personas olvidadas de la China.

“Este es un ministerio que quiero seguir haciendo por el resto de mi vida —dice Yan Jin— He dejado de lado mis planes de ser cosmetóloga para seguir una carrera mucho más significativa: ayudar a personas de corazones hermosos aun cuando sus cuerpos no lo sean”.

“Esta es la obra de Dios, y me siento honrada, que él me haya llamado a hacerla. Me encanta ser sus manos para satisfacer las necesidades de estas personas”.

Nuestras ofrendas misioneras ayudan a ministrar a toda clase de personas de la China y en la región de Asiática del Pacífico Norte. Hay mil millones de personas que necesitan el mensaje divino de esperanza. No dejemos de dar hasta que cada uno de ellos haya tenido la oportunidad de recibir a Jesús como su Salvador.

Material adaptado y facilitado por RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©